

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Donatien Alphonse François de Sade

[gael\\_adair@hotmail.com](mailto:gael_adair@hotmail.com)

## Dorci o la rareza del destino

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*

Número 59, enero-marzo 2022, pp. 7-16.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

\*Fotografías de interiores: Víctor Benítez



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# DORCI o la rareza del destino

## Donatien Alphonse François de Sade

Traducción y presentación de Amsterlitz

Estamos en vísperas de la Revolución francesa cuando *Dorci o la rareza del destino* fue concebida (1788). Ciertamente, para hablar de esta rareza del repertorio sadiano es preciso esbozar un breve retrato de su creador. La prisión fue la barrica donde fermentó el mosto de la vida de un jurado impenitente y donde se llevó a cabo la transmutación del aparato genital en la pluma y la tinta que fecundaron su recuerdo para la posteridad. Malcriado en el seno de la aristocracia, alimentado con las ínfulas de su familia por ser presuntos descendientes de la misma Laura de Petrarca, el marqués de Sade entró en un frenesí creativo durante su encarcelamiento en Vincennes de 1778 a 1784 y, posteriormente, en la Bastilla, donde culminaría su sentencia en 1790. Fue entonces cuando concibió un variadísimo cuerpo literario que se refiere al gusto popular y a la vez ya delinea el marchamo o la “mancha” característicos de su obra. Esta versión de *Dorci...* es una imagen fidedigna del Sade aristocrático durante su incubación penitenciaria; en tanto que la versión publicada por Anatole France refleja más bien al *ciudadano* Donatien intentando acoplarse a nuevas exigencias, a un nuevo orden y a un nuevo gusto que obligó al marqués a borrar toda huella del *Ancien Régime* y a introducir el ingrediente favorito de la

**El marqués de Sade entró en un frenesí creativo durante su encarcelamiento en Vincennes de 1778 a 1784 y, posteriormente, en la Bastilla, donde culminaría su sentencia en 1790. Fue entonces cuando concibió un variadísimo cuerpo literario que se refiere al gusto popular y a la vez ya delinea el marchamo o la “mancha” característicos de su obra.**

nueva República: el *civismo*. Sin lugar a duda, esta obra destaca por ser un fino intento del lobo disfrazado de oveja en su búsqueda por la fama literaria, enmelado, casto, puro: en efecto, un Sade inédito.

\*

**D**e todas las virtudes que la naturaleza nos ha permitido cultivar sobre la tierra, la benevolencia es sin lugar a dudas la más dulce; pues, en efecto, ¿hay algún placer más conmovedor que el de aliviar a sus semejantes? ¿Y no es acaso en el momento en que nuestra alma se entrega a ella cuando más se acerca a las cualidades supremas del Ser que nos ha creado? Se nos dice que las desgracias están a veces unidas a este placer: ¡qué importa! Hemos disfrutado y hemos hecho disfrutar a los de-

más. ¿No es esto suficiente para la felicidad?

Hacía mucho que no se veía una intimidad más perfecta que la que reinaba entre el conde y el marqués de Dorci, ambos hermanos, ambos aproximadamente de la misma edad entre treinta y treinta y dos años, ambos oficiales en el mismo cuerpo del ejército y ambos varones. Ningún acontecimiento había podido desunirlos y, para estrechar los nudos de aquella relación que les era tan preciada, vivían en la misma casa (dado que uno y otro eran los dueños de sus propios bienes a raíz de la muerte de su padre), eran atendidos por las mismas personas y estaban resueltos a nunca casarse más que con dos mujeres cuyas cualidades correspondiesen a las de ellos y que, además, consintieran del mismo modo en esta perpetua unión que hacía la felicidad de sus días.

Los gustos de estos dos hermanos, empero, no eran en absoluto los mismos: al conde de Dorci, el primogénito de la casa, le gustaba el reposo, la soledad, los paseos y los libros. Su carácter un tanto sombrío era, no obstante, dulce, sensible y honesto; y el placer de contemplar a los demás, uno de los más deliciosos de su alma. Recurría poco a la sociedad, por lo que jamás se encontraba más feliz que cuando sus deberes le permitían ir a pasar algunos meses en una lindísima propiedad que los dos hermanos poseían próxima a l'Aigle, en los alrededores del bosque de Perche.

**Se dice que el amor aumenta cuando los celos lo agujonean: esta fue la historia del marqués, pero el rival que el destino le daba era, según se decía, un hombre tan cobarde como peligroso. Complacer a su amante, prevenir las tramas de este rival pérfido, abandonarse ciegamente a su amor: tales eran los lazos de este muchacho...**

El marqués de Dorci, infinitamente más vivaz que su hermano, infinitamente más entregado al mundo, no tenía el mismo gusto por la vida campestre; de suerte que al poseer una figura encantadora y el tipo de carácter que agrada a las mujeres, se encontraba demasiado sometido a ellas. Esta inclinación que nunca pudo corregir, respaldada por un alma fogosa y por un espíritu ardiente, terminó por convertirse en la cruel fuente de sus desgracias. Una persona muy agradable de los alrededores de la tierra que acabamos de mencionar ocupaba a tal punto al marqués quien, por así decirlo, ya no era más dueño de sí mismo. Tampoco se había incorporado a su tropa ese año; toda vez que se había separado del conde para ir a esta-

blecerse en la pequeña ciudad donde residía el objeto de su adoración, y allá, ocupado únicamente de este objeto querido, olvidaba ante sus pies toda la tierra, sacrificándose junto con su deber y los sentimientos que le encadenaban antaño a la casa de su querido hermano.

Se dice que el amor aumenta cuando los celos lo agujonean: esta fue la historia del marqués, pero el rival que el destino le daba era, según se decía, un hombre tan cobarde como peligroso. Complacer a su amante, prevenir las tramas de este rival pérfido, abandonarse ciegamente a su amor: tales eran los lazos de este muchacho, tales eran las

razones que lo alejaban completamente ese verano de los brazos de un hermano que lo idolatraba y que lloraba con amargura su ausencia y su distanciamiento. Apenas si el conde recibía noticias del marqués. Cuando aquel le escribía no había respuesta, si acaso una simple palabra que terminaba por convencer un tanto más al conde de que su hermano estaba embelesado y se apartaba insensiblemente de él. Sin embargo, en su tierra seguía llevando la misma vida tranquilamente: libros, largas caminatas y frecuentes actos de benevolencia. Estas eran sus únicas ocupaciones, y en ello era él mucho más feliz que su hermano ya que al menos disfrutaba de sí mismo; mientras que la agitación perpetua en la que el Marqués vivía apenas le dejaba tiempo para conocerse.

Así se hallaban las cosas cuando el conde, ocupado en alguna lectura interesante y seducido por un delicioso clima, se alejó tanto un día de su casa que, en el momento en que planeaba desandar sus pasos, se encontraba ya a más de dos leguas de los límites de su tierra, y a más de seis de su castillo, en un alejado rincón del bosque y casi incapaz de reencontrar sin auxilio el camino que debía llevarlo de regreso. Perplejo y lanzando su mirada en derredor, divisó afortunadamente a cien pasos una pequeña casa de campo, hacia la cual entonces se dirige para tomar consejo sobre su camino y descansar un segundo.

Llega ... Abre ... Entra en una desagradable cocina que constituye la más bella pieza de la morada, y estando ahí, ¿qué interesante imagen se ofrece a su alma sensible y con qué rasgos la penetra? Una jovencita de dieciséis años, bella como el día, sostenía en sus brazos a una mujer desmayada de unos cuarenta años que parecía su madre, y a la que empapaba con lágrimas del más profundo dolor. La jovencita lanza un grito al ver al conde:

—Quienquiera que sea —dice—, ¿también viene a arrebatarme a mi madre? ... ¡Oh! Si es así mejor quíteme la vida; pero deje respirar a esta desgraciada.

Habiendo dicho esto, Anette se lanzó a los pies del conde, le imploraba y formaba con sus brazos elevados hacia el cielo una muralla entre él y su madre.

—En verdad, mi niña —dijo el conde, tan conmovido como sorprendido—, aquellas señales de miedo quedan bastante fuera de lugar. Ignoro lo que las alarma, buenas amigas; pero lo cierto es que el cielo les ofrece en mí —cualesquier sus penas— un protector más bien que un enemigo.

—¡Un protector! —dijo Anette levantándose y volando hacia su madre quien, repuesta de



Gorán Tocilovac, 2019

su anonadamiento, se había refugiado en una esquina, llena de pavor... -. ¡Un protector, madre mía! ¡Me escucha? ¡Este caballero dice que nos protegerá, dice que es el cielo al que tanto le hemos rezado, madre mía ... Dice que es el cielo quien lo envía hasta nosotras para protegernos!

Y volviéndose al conde:

-¡Oh, señor! Cuán hermosa acción si usted nos socorre; nunca existieron dos criaturas sobre la tierra más dignas de lástima. Socórranos, señor... Socórranos... Esta pobre y digna mujer... No ha comido desde hace tres días... ¿Y qué comería?... ¿Con qué la consolaría si su estado le permite ser consolada?... ¡No hay ni un pedazo de pan en la casa! ... Todos nos

abandonan... ¡Sin duda nosotras solas moriremos y, sin embargo, Dios sabe que somos inocentes! ¡Ay! Mi pobre padre... El más honesto y el más desgraciado de los hombres... Él no es más culpable que nosotras... Y mañana, quizás... ¡Oh! ¡Señor, señor! Usted jamás ha entrado en una casa más miserable que la nuestra... Se dice que Dios nunca abandona al infortunado y henos aquí, no obstante, completamente abandonadas...

El conde, quien por el desorden de esta jovencita, sus palabras sin sentido y el estado desgarrador de su madre, vio que probablemente había caído alguna terrible catástrofe sobre esta pobre casa, y encontrando ahí, para su alma dulce, una oca-

sión tan bella para ejercer la virtud que le era familiar, comenzó por suplicar a estas dos mujeres que se calmasen. Les renovó varias veces -para convencerlas- la seguridad positiva de protegerlas y les exigió que le contaran la razón de sus penas. Después de nuevos torrentes de lágrimas, luego de la emoción de una felicidad tan poco esperada, Annette, habiéndole rogado al Conde que se sentara, le refirió así la historia de las horribles desgracias de su familia ... Relato funesto que le fue imposible no interrumpir con sus sollozos y lágrimas.

-Mi padre es de los más pobres y honestos hombres de la comarca, señor. Él es leñador de profesión. Se llama Christophe

Alain y solo tuvo dos hijos de esta pobre mujer que ve usted: un joven de diecinueve años y yo, que acabo de cumplir los dieciséis. A pesar de su pobreza, ha hecho todo lo que ha podido para criarnos bien. Mi hermano y yo hemos estado durante más de tres años bajo pensión en l'Aigle y los dos sabemos escribir bien y leer bien. Cuando hicimos nuestra primera comunión mi padre nos sacó; ya no le era posible hacer tantos gastos para nosotros, y este pobre y querido hombre, al igual que su esposa, no ha comido más que pan durante todo ese tiempo a fin de poder darnos un poco de educación. Cuando mi hermano regresó, ya era suficientemente fuerte para trabajar con él. Yo ayudaba a mi madre, y entonces a nuestra pobre casa le iba mucho mejor. En fin, señor, todo nos favorecía y parecía como si nuestra exactitud para cumplir nuestras tareas atrajera sobre nosotros la bendición del cielo cuando nos sucedió (hoy hace ocho días ya) la mayor de las desgracias que pueda sobrevenir a gente pobre y sin crédito, sin dinero y sin protección como nosotras. Mi hermano no estaba ahí, él trabajaba a más de dos leguas de distancia; mi padre estaba completamente solo a unas tres leguas de aquí, cerca del bosque que lleva de vuelta a ALENÇON, cuando ve a lo lejos el cadáver de un hombre tendido al pie de un árbol... Se aproxima<sup>1</sup> con la intención de auxiliar a este desgraciado si es que aún había tiempo: le daba la vuelta al cuerpo, le frotaba las sienes con un poco de vino que tenía en su cantimplora cuando, de pronto, cuatro jinetes de la gendarmería,<sup>2</sup> acudiendo a galope caen sobre él, lo encadenan y lo conducen a las prisiones de Rouen, en donde lo entregan como culpable de haber asesinado al hombre a quien, al contrario, buscaba devolver a la vida. Al ver que mi padre no volvía

**El conde no había escuchado sin emoción el relato de una aventura tan funesta para estas buenas personas. Colmado del deseo de serles útil, les preguntó primero de qué señor dependían, haciéndoles entender que, ante todo, era prudente proveerse de esta protección.**

como de costumbre, se imaginará usted con facilidad nuestra inquietud, señor. Mi hermano, quien acababa de regresar, recorrió de prisa todos los alrededores y llegó al día siguiente a darnos esta triste noticia. Le dimos de inmediato el poco dinero que había en la casa y corrió a Rouen para socorrer a nuestro pobre padre. Tres días después, mi hermano nos escribió. Ayer recibimos la carta... Ahí está, señor —dijo Annette interrumpiéndose por sus sollozos...—, ahí está esa carta fatal... Nos dijo que tengamos cuidado pues quizá en cualquier momento vendrán y nos llevarán también a prisión para carearnos con nuestro padre a quien nada, según él —aunque sea inocente—, podrá salvarlo. Aún se ignora quién es el cadáver. Se hacen registros y aseguran, entretanto, que se trata de un gentilhomme de las cercanías, asesinado y robado por mi padre quien, al ver que venían por él, tiró el dinero en el bosque. Lo que confirma esta opinión es que no se ha encontrado ni un peso en el bolsillo del muerto... Pero, señor, este hombre, a lo mejor muerto la víspera, ¿no pudo ha-

ber sido robado por aquellos que lo asesinaron o por aquellos que, después de su accidente, pudieron haberlo encontrado?... ¡Oh! Créame, señor, mi desgraciado padre es incapaz de tal acción; preferiría morir él mismo que haber hecho eso... Y, con todo, mire que tendremos la desgracia de perderlo, ¡y de qué manera, Dios mío! Usted lo sabe todo, señor, lo sabe todo... Disculpe mi dolor y socórranos si puede. Pasaremos el resto de nuestros días invocando al cielo para la preservación de los suyos... Usted no lo ignora, señor, las lágrimas del desafortunado enternecen al Eterno; él se digna algunas veces a conceder los deseos del indefenso. ¡Pues bien, señor! Todos estos deseos serán para usted, solo le imploraremos en favor suyo, solo lo invocaremos para su prosperidad.

El conde no había escuchado sin emoción el relato de una aventura tan funesta para estas buenas personas. Colmado del deseo de serles útil, les preguntó primero de qué señor dependían, haciéndoles entender que, ante todo, era prudente proveerse de esta protección.

—¡Ay, señor! —respondió Annette— esta casa está a cargo de los monjes. Ya hemos hablado con ellos, pero nos han respondido duramente que no podían sernos de utilidad alguna. ¡Ah! Si tan solo estuviéramos a dos leguas en algún otro lado, sobre las tierras del señor conde de Dorci, estaríamos bien seguras de ser rescatadas... Es el más amable señor de la provincia... El más compasivo... El más caritativo.

—¿Y usted no conoce a nadie cercano a él, Annette?

—No realmente, señor.

—¡Pues bien! Yo me encargo de presentarlas con él, y haré más, les prometo su protección... Les doy su palabra de que él las servirá con todo su poder.

—¡Oh, señor, qué bueno es usted! —dijeron las pobres mujeres...—.

¿Cómo podremos reconocer lo que hace por nosotras?

–Olvidándolo tan pronto como tenga éxito.

–¡¿Olvidarlo, señor?! ¡Ah! ¡Nunca! El recuerdo de tal acto de benevolencia no se apagará más que con nuestra vida.

–Pues bien, mis niñas –dijo el conde–, vean en sus brazos a la misma persona cuyo apoyo desean.

–¿Usted, señor? ... ¿El conde de Dorci...?

–Yo mismo, su amigo, su sostén y su protector.

–¡Oh, madre mía ... madre mía, estamos salvadas! –exclamaba la joven Annette–, estamos salvadas, madre mía, pues un señor muy bueno quiere prometernos su apoyo.

–Mis niñas –dijo el conde–, es tarde. Tengo un largo camino por recorrer para volver a casa. Las dejo y, por el momento, me separo de ustedes dándoles mi palabra de que mañana por la tarde estaré en Rouen y les enviaré noticias seguras de mis gestiones en unos días... No les diré más, pero esperen todo de mis cuidados. Tenga, Annette, usted ha de necesitar algunos fondos en este momento: aquí tiene quince luises, guárdelos para sus necesidades domésticas; yo me encargaré de proveer las de su padre y su hermano.

–¡Oh, señor! ¡Cuánta bondad...! Madre mía, ¿debimos haber esperado esto? ¡Dios misericordioso! ¡Jamás brotó tanta benevolencia en el alma de un mortal! Señor, señor –continuaba Annette arrojándose a las rodillas del conde–, no, usted no es para nada un hombre, usted es la divinidad misma descendida sobre la tierra para socorrer al desafortunado. ¡Ah!, ¿qué podemos hacer por usted? ... Ordene, señor, ordene y permítanos consagrarnos enteramente a su servicio.

–Voy a requerir uno en este mo-



Claudia Marcucetti, 2019

mento, mi querida Annette –dijo el conde–. Me he perdido; no sé la ruta que se necesita para regresar a casa; tenga la amabilidad de servirme de guía una o dos leguas y usted me habrá pagado con ese buen acto, al cual su alma dulce y sensible le da más importancia de la que se merece.

Es fácil imaginar cómo accede Annette de inmediato a los deseos del conde. Se adelanta a él, lo pone en la ruta y le canta alaban-

zas durante el camino; si se detiene un momento, es para rociar de lágrimas las manos de su benefactor, y el conde, en esta dulce emoción que nos da el encanto de ser amados, disfruta de una muestra de felicidad celestial y se siente un dios sobre la tierra.

¡Oh, Santa Humanidad! Si es verdad que tú eres la hija del cielo y la reina de los hombres, ¿deberías, entonces, permitir que una



Mario Bellatin, 2019

fuente de remordimiento y de dolor fuese la recompensa de tus seguidores; mientras que aquellos que te ultrajan incesantemente triunfan insultándote sobre las ruinas de tus altares?

A más o menos dos leguas de la casa de Christophe se orientó el conde.

—Es tarde, mi pequeña —le dijo a Annette—; heme en tierras conocidas: regrese a su casa, mi niña, su

madre se preocupará. Siga garantizándole mis servicios y dígame que no volveré a Rouen sin traerle de vuelta a su marido.

Annette lloró cuando tuvo que separarse del conde; hubiese ido hasta el fin de la tierra con él... Le pidió permiso de abrazar sus rodillas...

—No, Annette, soy yo quien la abrazará —dijo el conde tomándola castamente en sus brazos—. Vaya, mi

niña, siga sirviendo a Dios, a sus padres y a su prójimo; sea siempre una jovencita honesta y la bendición del cielo jamás la abandonará...

Annette estrechaba las manos del conde, se deshacía en lágrimas, sus sollozos le impedían expresar lo que experimentaba su alma sensible. Dorci, él mismo demasiado conmovido, la abraza una última vez, la rechaza dulcemente y se aleja.

¡Oh, gente del siglo que leerá esto, vean el imperio de la virtud sobre un alma hermosa; que este ejemplo al menos los toque si se sienten incapaces de imitarlo!: apenas tenía el conde treinta y dos años... Estaba en casa... Estaba en medio de un bosque... Tenía en sus brazos a una jovencita encantadora que le daba su agradecimiento... Derramó lágrimas sobre las desgracias de esta infortunada criatura y se encargó únicamente de ayudarla.

El conde llegó al castillo y dispuso todo para su partida... Funesto efecto del presentimiento... Voz interior de la naturaleza a la que el hombre no debería resistirse nunca... El conde confesó a uno de sus amigos que lo esperaba y a quien había informado de su aventura, le confesó que le era imposible ocultarse a sí mismo un movimiento impenetrable que parecía aconsejarle no involucrarse en este asunto... Pero la benevolencia prevaleció; nada detuvo los encantos que Dorci sentía para hacer el bien y se marchó.

Al llegar a Rouen, el conde visitó a todos los jueces; les dijo a todos que él se ofrecía como fiador del infortunado Christophe si era necesario, que él estaba seguro de la inocencia de ese hombre, y tan constantemente seguro que, si querían, ofrecía su vida para salvar la del supuesto culpable. Pidió verlo, se le permitió, lo interrogó y estuvo tan contento de sus respuestas, tan persuadido de que él era inca-



Felipe Restrepo Pombo, 2018

paz del crimen del que era acusado, que declaró a los jueces que él tomaba abiertamente la defensa de este campesino, y que si por desgracia llegaban a condenarlo, incluso convocaría al Consejo, mandaría hacer argumentaciones jurídicas que se difundirían en toda Francia y cubrirían de vergüenza a los injustos magistrados por condenar a un hombre que es, con toda certeza, inocente.

El conde de Dorci era conocido en Rouen, ahí él era querido; su nacimiento, su rango, todo hizo abrir los ojos. Se dieron cuenta de que habían sido un poco apresurados en el procedimiento de este Christophe. Las averiguaciones se reiniciaron, el conde pagó todos los nuevos costes de perquisición

**“Abandone en el acto el caso que defiende; renuncie a toda averiguación sobre el asesino del hombre del bosque. Usted mismo cava el abismo en que va a sumergirse... ¡Sus virtudes van a costarle tan caro! Hombre cruel, siento lástima por usted... Pero quizá ya no hay más tiempo. Hasta siempre”.**

e indagación. No parecía encontrarse ni una sola prueba en contra del acusado. Fue así, pues, que el conde de Dorci envió al hermano de Annette de vuelta a donde su madre y su hermana, recomendándoles que se tranquilizaran y asegurándoles que dentro de poco volverían a ver en plena libertad a

aquel cuyas desgracias eran el foco de su atención.

Todo salió bastante bien hasta que el conde recibió una nota anónima conteniendo las pocas palabras a continuación:

“Abandone en el acto el caso que defiende; renuncie a toda averiguación sobre el asesino del hom-





Gabriela Jáuregui, 2019

bre del bosque. Usted mismo cava el abismo en que va a sumergirse... ¡Sus virtudes van a costarle tan caro! Hombre cruel, siento lástima por usted... Pero quizá ya no hay más tiempo. Hasta siempre”.

El conde sintió un estremecimiento tan terrible al leer esta nota que creyó perder el sentido, y juntando lo que contenía este escrito fatal con la corazonada que había experimentado, vio que algo siniestro lo amenazaba de manera inequívoca. Se quedó en la ciudad, pero no volvió a meterse en nada más... ¡Santo cielo! Habían tenido razón en decírselo... Ya no había tiempo, ya había hecho demasiado, sus crueles gestiones habían sido demasiado exitosas.

A las ocho de la mañana, en

el decimoquinto día de su llegada a Rouen, un consejero y conocido suyo del Parlamento solicita hablar con él, y abordándolo con precipitación:

–¡Váyase, mi querido conde, váyase en este justo momento! –le dijo aquel magistrado enteramente conmovido–. Usted es el más infortunado de todos los seres; ¡que su aventura desgraciada pueda desaparecer de la memoria de los hombres; al convencerlos de los peligros de la virtud, ella los haría abandonar su culto! ¡Ah! ¡Si fuera posible creer que la providencia es injusta, muy seguramente sería hoy!

–¡Me asusta, monseñor! Explique, por lo que más quiera, ¡qué sucede conmigo?

–Su protegido es inocente, las

puertas le serán abiertas, sus indagaciones han llevado a encontrar al culpable... Mientras hablo con usted, él ya se encuentra en nuestras prisiones: no me pregunte más.

–¡Hable, señor, hable! Hunda el puñal en mi corazón... Y bien, ¿este culpable...?

–Es su hermano.

–¡Él! ¡Dios santo...!

Y Dorci cayó inmóvil. Fueron más de dos horas sin poder hacerlo volver en sí. Finalmente, retomó la conciencia en brazos de aquel amigo que, por motivos de alianza, no figuraba entre los jueces y, cuando abrió nuevamente los ojos, pudo al menos comunicarle lo siguiente:

El hombre asesinado era el ri-



Álvaro Uribe y Tedi López Mills, 2020

val del marqués; ambos venían de regreso de l'Aigle. En el camino, algunas palabras habían acarreado la disputa. El marqués, furioso por no poder hacer que su enemigo luchara con él, dándose cuenta de que era tan cobarde como astuto, lo derribó de su caballo en un arranque de cólera, y con el suyo pasó sobre su vientre. Hecho esto, el marqués, viendo a su adversario sin vida, perdió por completo la cabeza y, en lugar de salvarse, se contentó con matar al caballo del gentilhomme y esconder el cuerpo en un estanque; luego regresó descaradamente a la pequeña ciudad donde vivía su amante, aunque al partir hubiese dicho que se ausentaba por un mes. Al verlo de vuelta, se le pidieron noticias de su rival:

“Tan solo había viajado con él una hora –decía–, y enseguida cada uno tomó un camino diferente”. Cuando se supo en esta ciudad sobre la muerte del rival y la historia del leñador acusado de asesinato, el marqués escuchó todo sin molestarse y él mismo contaba la aventura como lo hacía toda la gente; pero las gestiones secretas del conde generaban investigaciones más exactas, por lo que todas las suposiciones cayeron sobre el marqués. Ya no le fue posible defenderse ni lo intentó. El marqués era impetuoso, aunque de ninguna manera inclinado al crimen; pero confesó todo al oficial<sup>3</sup> del preboste que vino a hacerle unas preguntas; se dejó arrestar y dijo que podían hacer de él lo que quisieran. Ignorando la participa-

ción que tenía su hermano en todo esto y creyéndolo muy tranquilo en su castillo en donde pensaba incluso reunirse con él muy pronto, preguntaba por todos los cielos si era posible que sus infortunios fuesen ocultados a su hermano, a quien adoraba, y al que esta cruel aventura llevaría a la tumba! En lo tocante al dinero tomado sobre el cadáver, había sido pillado sin duda por algún cazador furtivo que se había guardado muy bien de no decir nada. Al final, se llevaron al marqués a Rouen; ahí se encontraba él cuando vinieron a contarle todo al conde.

Dorci, un poco recuperado del primer choque de su abatimiento, hizo todo en el mundo, solo y con sus amigos, para salvar



Ana García Bergua, 2019

a su pobre hermano. Se le compadecía, pero no fue escuchado. Incluso se le negó la satisfacción de abrazar a este desventurado amigo, y en una condición difícil de describir, dejó Rouen el mismo día de la ejecución de aquel mortal del universo que para él fue el máspreciado y el más sagrado, y

que él mismo arrastraba al cadalso. Regresó por un instante a su terruño, pero con el proyecto de dejarlo pronto para siempre.

Annette se había enterado de qué víctima se inmolaba en lugar de aquella en quien tenía depositados sus buenos deseos. Osó aparecer en el castillo de Dorci; llegó

allí con su padre; ambos se precipitan a los pies de su benefactor y, tocando el suelo con su frente, suplican al conde hacer correr en seguida su sangre como compensación de la que él derramó por ayudarlos, y que en caso de que se negara a hacerse justicia, le rogarían permitirles emplear sus días para servirle sin remuneración.

El conde, tan prudente en el seno del infortunio como benévolo en la prosperidad, aunque cuyo corazón esté endurecido por el exceso de sus males, ya no pudo como otrora abrirse al sentimiento que le costó tan caro: les ordenó al leñador y a su hija que se retirasen y les deseó a los dos disfrutar, tanto tiempo como les fuera posible, de un buen acto que le arrebatara para siempre el honor y el descanso. Estos desdichados no se atrevieron a responder: desaparecieron.

El conde dejó en vida sus bienes a sus herederos más cercanos, reservándose solo una pensión de mil escudos con los que pudiese comer en un retiro impenetrable a los ojos del hombre, y en donde murió al cabo de quince años de una vida triste y sombría, cuyos últimos momentos estuvieron marcados por actos de desesperación y misantropía. **LPyH**

#### NOTAS

<sup>1</sup> Hay que notar el cambio deliberado de tiempos verbales.

<sup>2</sup> *Maréchaussée* en el original: antigua gendarmería francesa de la Edad Media.

<sup>3</sup> *Exempt* en el original: antiguamente, un oficial de la policía que suplantaba al capitán o que se encargaba de llevar a cabo los arrestos.

**Amsterlitz** es generador de CO<sub>2</sub> y traductor de la obra *Sobre lo trágico* de Peter Wessel Zapffe, editada por Aqualarre Ediciones.